

giéndose á Versalles, y se le verá tambien contemporizando con el pueblo y con el rey. Le veremos en esta ocasion diciendo al ejército: «Yo os entrego al rey»; y al rey: «Yo os entrego mi ejército». Verásele tambien volver á entrar en Paris trayendo tras sí y maniatados á unos valientes ciudadanos, cuyo gran crimen consistia en haber querido hacer con el torreón de Vincennes lo que se habia hecho con la Bastilla. Se le verá igualmente, al dia siguiente de la escena de los puñales, dar cordialmente la mano á aquellos mismos á quienes habia denunciado el dia anterior á la indignacion pública. Vésele hoy, finalmente, abandonar el campo en virtud de un decreto solicitado por él mismo bajo mano, y eclipsarse por un momento en la Auvernia, para volver á aparecer sobre nuestras fronteras. Sin embargo, tambien nos ha hecho servicios que es preciso reconocer. Nosotros le debemos el haber conducido á nuestros guardias nacionales á las ceremonias cívicas y religiosas, á los ejercicios matinales de los Campos Eliseos, á los juramentos patrióticos y á las comidas dadas por las corporaciones. ¡Despidámonos de él! Lafayette, nosotros necesitábamos para consumir la revolucion más grande que haya intentado jamás un pueblo un jefe cuyo carácter estuviese al nivel del mismo suceso, y nosotros te aceptamos; los músculos flexibles de tu fisonomía, tus estudiados discursos, tus axiomas meditados por largo tiempo, todos estos productos del arte, desaprobados por la naturaleza, parecieron sospechosos á los patriotas que veian claras las cosas. Los más decididos de éstos siguieron tus pasos, te arrancaron la máscara y exclamaron: «¡Ciudadanos, este héroe no es más que un cortesano, este sabio no es sino un charlatan!» En efecto, merced á tus cuidados, la revolucion no puede hacer ya daño al despotismo: tú has limado los dientes del leon. El pueblo no es ya temible, por causa de los que son sus conductores, que han vuelto á apoderarse del látigo y de la espuela, en tanto que tú te marchas. Llévan coronas cívicas sobre el camino que vas á pasar, mientras nosotros nos quedamos aquí; pero ¿en dónde hallaremos un Bruto?»

XII

Bailly, corregidor de Paris, se retiraba tambien á la sazón, abandonado por aquella opinion cuyo ídolo habia sido, y cuya víctima empezaba ya á ser. Pero este filósofo apreciaba más el bien hecho al pueblo que el favor de éste. Más ambicioso de servirle que de gobernarle, manifestaba ya contra las calumnias de sus enemigos la impassibilidad heroica que desplegó más tarde contra la muerte.

La voz del filósofo se perdió entre el tumulto de las próximas elecciones municipales. Dos hombres se disputaban los sufragios para corregidor de Paris. A medida que la autoridad real disminuía, y que la de la Constitucion se aniquilaba en medio de los disturbios que agitaban el reino, el corregidor de Paris podia convertirse en el verdadero dictador de la capital.

Aquellos dos hombres eran Lafayette y Petion, el primero candidato del partido constitucional y de los ciudadanos de la guardia nacional, y el segundo de los girondinos y de los jacobinos á la vez. El partido realista, pronunciándose en pro ó en contra de cualquiera de estos dos hombres, era el árbitro de la eleccion. El rey no tenia ya la influencia del gobierno, que habia dejado que se le escapase de las manos, pero tenia aún la influencia oculta de la corrupcion sobre los intrigantes de los diferentes partidos. Una parte considerable de los veinticinco millones que



BAILLY.

se le habian señalado la empleaban Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, y Mrs. Bertrand de Molleville y Montmorin, ministros suyos, en comprar votos en las elecciones, en hacer mociones en los clubs, y en pagar los aplausos ó los silbidos de las tribunas de la Asamblea. Estos subsidios secretos, que habian empezado en tiempo de Mirabeau, se extendian ya hasta las gentes más despreciables de las facciones. Con ellos se pagaba la prensa realista, y de ellos participaban tambien los oradores y periodistas que manifestaban aparentemente tener más odio á la corte. Muchas de las falsas maniobras aconsejadas al pueblo por los que adulaban, no reconocian otro origen que éste. Puede decirse que existia entónces en Francia un ministerio de corrupcion administrado por la perfidia. Muchos hombres sacaron de allí grandes recursos pecuniarios, so pretexto de servir á la corte, de apaciguar al pueblo ó de venderle; dominados despues por el temor de que fuese descubierta su traicion, la cubrian con otra mayor, volviendo contra el rey las mismas mociones que éste habia pagado. Danton firé uno de éstos. Algunas veces, mirando por la conservacion del órden, y sin otro objeto que el de evitar males, daba el rey ciertas sumas mensuales para que se distribuyesen útilmente, ya entre los individuos de la guardia nacional, ya entre los más indigentes de los barrios de Paris, en que se temia que tuviese lugar alguna insurreccion. Mr. de Lafayette y Petion recibieron más de una vez socorros de esta naturaleza de parte del rey, para distribuirlos del modo que acabamos de decir. Este príncipe podia muy bien, valiéndose de semejante medio, dirigir la eleccion de corregidor de Paris, y uniéndose al partido constitucional, hacer que recayese el nombramiento en Mr. de Lafayette.

Este hombre era uno de los primeros autores de aquella revolucion que habia derribado el trono. Su nombre figuraba en todas las humillaciones de la corte, en todos los resentimientos de la reina y en todos los terrores del rey. Al principio habia sido aquel general su terror, luégo su protector, y últimamente su carcelero. ¿Podia ser en adelante su esperanza? El destino de corregidor de Paris, ese poder colosal, civil y popular, despues de aquella dictadura armada que habia ejercido en la capital, ¿no podia ser para Mr. de Lafayette otro nuevo escalon que le elevase á una altura superior al trono, para que desde allí arrojase al rey y á la Constitucion á un oscuro rincon? Aquel hombre de ideas tan liberales en teoría, tenia buenas intenciones, queria más bien dominar que reinar; pero ¿podia uno fiarse en sus buenas intenciones, cuando tantas veces parecia haber prescindido de ellas? ¿No abrigaba en su corazon aquellas mismas intenciones cuando habia usurpado el mando de esa milicia civil? ¿No habia derribado la Bastilla con los guardias franceses insurreccionados? ¿No era el mismo que habia marchado á Versalles á la cabeza del populacho de Paris, el que habia forzado el palacio el 6 de Octubre, y finalmente, el que habia arrestado al rey y á su familia en Varennes, teniéndolos despues prisioneros en las Tullerías? ¿Resistiria este hombre al pueblo, caso que éste le exigiese aún más? ¿Se detendria á la mitad del papel del Washington frances, cuando ya parecia haber pasado más adelante? Sin embargo, el corazon del hombre es de tal suerte, que prefiere entregarse en manos de los que le pierden, á buscar su salvacion en manos de aquellos que le han rebajado. Lafayette rebajaba mucho al rey, y todavía más á la reina. Una independencia respetuosa era la expresion habitual del rostro de Lafayette en presencia de María Antonieta. Se leia

en la actitud del general, se conocía en sus palabras y se traslucía en el acento con que las pronunciaba la inflexibilidad del ciudadano bajo las formas frías y elegantes del hombre de corte. La reina prefería al legítimo faccioso para el destino que se disputaba, y lo decía sin rebozo en sus conversaciones particulares. «Mr. de Lafayette — decía — no quiere ser corregidor de Paris sino para convertirse muy pronto en *corregidor de palacio*. Petion es jacobino republicano, pero es un tonto incapaz de ser jamás jefe de un partido, y éste será un corregidor nulo. Por otra parte, es posible que el interés que sabe que tomamos en que sea nombrado le obligue á declararse por el rey.»

Petion era hijo de un procurador de una de las bailías de Chartres. Compatriota de Brissot, había recibido la misma instrucción que aquél, y ambos profesaban la misma filosofía y abrigaban los mismos odios, pudiendo decirse que no tenían entre los dos sino un solo espíritu: La revolución, que había sido el bello ideal de su juventud, les había llamado en el mismo día á la escena política, pero para desempeñar en ella papeles diferentes. Brissot, escritor, aventurero, político y periodista, era el hombre de las ideas; Petion era el hombre del trabajo material. Había en su figura, en su carácter y en su talento aquella medianía solemne que conviene y encanta á la multitud, y al ménos era hombre íntegro, virtud que aprecia el pueblo sobre todas las demas en los que manejan los negocios públicos. Llamado por sus conciudadanos á la Asamblea nacional, se había creado un nombre, más por sus esfuerzos que por los buenos resultados que había obtenido. Rival afortunado de Robespierre, y amigo suyo en aquella época, habían formado los dos aquel partido, casi desapercibido en un principio, que profesaba la democracia pura y la filosofía de Rousseau, mientras que Cazales, Mirabeau y Maury, es decir, la nobleza, el clero y la clase media, se disputaban el gobierno. El despotismo de una clase les parecía tan odioso á Petion y á Robespierre como el de un rey. El triunfo del Estado llano les importaba poco mientras no triunfase el pueblo entero, es decir, la humanidad en la acepción más lata de la palabra. La tarea que se habían impuesto consistía, no en el triunfo de una clase sobre otra, sino en la victoria y en la organización de un principio divino y absoluto: la humanidad. Esta doctrina, seguida únicamente por ellos, hizo que fuesen débiles en los primeros días de la revolución: más tarde fué la que los vigorizó. Petion empezaba ya á recoger el fruto de ella.

Habíase insinuado insensiblemente por sus doctrinas y por sus discursos en la confianza del pueblo de Paris; pertenecía á los literatos por el cultivo de su espíritu, y al partido de Orleans por su estrecha amistad con madama de Genlis, favorita del príncipe y aya de sus hijos. Se hablaba de él en algunas partes como de un sabio que quería introducir la filosofía en la misma Constitución, y en otras como de un conspirador astuto que quería minar el trono, ó hacer subir á él, con el duque de Orleans, los intereses y la dinastía del pueblo. Esta doble reputación le era igualmente provechosa. Los hombres honrados le inscribían en sus candidaturas como á hombre honrado; los facciosos, como faccioso. La corte no se dignaba temerle, no viendo en él sino un inocente utopista, y le miraba con aquella indulgencia con que miran todas las cortes á los hombres de despreciativa fe política; además, Petion la libertaba de Lafayette, y para ella, el cambiar de enemigos equivalía á poder respirar por algun tiempo con más libertad.



PETION.

Estos tres elementos hicieron triunfar á Petion por una inmensa mayoría, y fué nombrado corregidor de Paris por más de seis mil votos. Lafayette sólo pudo obtener tres mil. Desde el fondo de su retiro momentáneo pudo medir, por la diferencia entre sus votos y los de Petion, la decadencia de su fortuna. Lafayette representaba la ciudad, y Petion representaba la nacion; los ciudadanos armados acababan de salir de los negocios con el primero; el pueblo tomaba parte en ellos acompañado del segundo. La revolucion marcaba con un nombre propio el nuevo paso que habia dado.

Apénas electo, fué Petion á triunfar á los Jacobinos. Los patriotas le cogieron y le subieron en brazos á la tribuna. El anciano Dusaulx, que la ocupaba entónces, dijo algunas palabras en honor de Petion, mezcladas de sollozos. «Yo miro á Petion—dijo—como si fuese hijo mio. ¡Sin duda que ésta es mucha osadía!» Petion, enternecido, se arrojó en los brazos del anciano. Las tribunas aplaudieron, y todo el mundo se echó á llorar.

Los demas nombramientos fueron todos en el mismo sentido: Manuel fué nombrado procurador del Comun, y Danton sustituto; éste fué el primer escalon de su fortuna popular. Hay, sin embargo, una gran diferencia entre el nombramiento de este último y el de Petion: éste se lo debió á la estimacion pública; Danton lo debió enteramente á la intriga. Fué nombrado, á pesar de su mala reputacion, por que el pueblo disimula con frecuencia los vicios de que saca alguna utilidad.

El nombramiento de Petion para el corregimiento de Paris daba á los girondinos un punto de apoyo fijo en la capital; Paris se escapaba de las manos del rey, como se le habia escapado la Asamblea. La obra de la Asamblea constituyente habia venido á tierra en tres meses. Las ruedas de la máquina se rompian ántes de funcionar, y todo presagiaba un choque inmediato entre el poder ejecutivo y el de la Asamblea. ¿De dónde procedia esta descomposicion tan pronta? Tiempo es ya de que echemos una mirada sobre aquella obra de la Asamblea constituyente y sobre sus autores.